

esparce, al destrenzarlo, olor a sol y a heno,
a salvia, a yerbabuena y a flores de centeno.

¡Soy libre, sana, alegre, juvenil y morena
cual si fuera la diosa del trigo y de la avena!
¡Soy casta como Diana
y huelo a hierba clara nacida en la mañana!

FUGITIVA

Glotona por las moras tempraneras,
es noche cuando torno a la alquería,
cansada de ambular, durante el día,
por la selva en procura de moreras.

Radiante, satisfecha y despeinada,
con un gajo de aroma en la cabeza,
parezco una morena satiresa
por la senda de acacias extraviada.

Mas me asalta el temor ardiente y vivo
de que me sigue un fauno en la penumbra,
tan cerca que mi oído ya columbra
el eco de su paso fugitivo.

Y huyo corriendo, palpitante y loca
de miedo, pues tan próximo parece,
que mi gajo de aromos se extremece
rozado por las barbas de su boca.

CAMPO DE PIEDRAS

1

De los hoscos cerros,
de los pedregales,
mana la tristeza
de la media tarde.

Sol que no fecunda
la tierra sin agua
y tuerce en angustia
las carquejas bravas.

Viento que no tiene
nada en que aromarse,
al cruzar hendiendo
los negros chilcales.

Rincón del planeta
que aún espera al hombre
y que se halla virgen
de afán y sudores.

Para él no tienen dolor las escarchas,
para él carece de mieles la lluvia,
porque no se ha hecho materno en un surco
ni nunca ha abrigado semilla ninguna.

¡Oh, Dios: manda a un hombre
que alce en él su casa
y que lo remueva
todo, hasta la entraña.

Que le fíe un árbol,
que le exija un huerto

que haga su esperanza
de este campo yermo.

Y torna a él tus ojos
una primavera,
para recrearte
con tu obra buena.

Igual que la estéril
a quien das un hijo
y que en risa y llanto
te agradece el niño,

Su oración de gracias
íntima y callada
a ti alzaré el mísero
que tocó tu gracia:

«Porque del estigma de ser insensible
Señor, me libraste;
porque has hecho un vientre y un seno fecundos
de la tierra llena de agrios pedregales;

Porque ahora conozco la inquietud y el gozo
y el valor de cuanto me cerca he aprendido;
porque ya he dejado de ser ciego y sordo,
¡por la vida eterna, Señor, te bendigo!»

2

¡Oh, Dios: manda a un hombre
que alce en él su casa
y que lo remueva
todo, hasta la entraña!

LA CANCIÓN

Mientras fui dichosa,
canté para mí.
De día y de noche la canción aquella
no encontraba fin.

La alcé en primavera con los labios dulces
de perfume y miel.
La alcé en el estío, con la boca bella
de tanto querer.

Rodaba mi canto como un viento suave
por cima y hondor.
Lo deseaban todos con ansia de gozo
para el corazón.

Cantaba y cantaba, por completo extraña
a todo sufrir.
Con los ojos sanos, con la vista limpia,
como ciega fui.

Mas la pena, un día, lo mismo que a un vaso,
quebró mi canción.
Poco estuve muda porque es ley sin tregua
que he de cantar yo.

Corazón en llaga tórnase vidente
y a la ajena angustia se da en cabezal.
De hoy en adelante por todos los hombres
tengo que cantar.